

EL CUCHIPANDO

por **Fernando Almena**

En la ciudad en que sucedió esta historia aún quedaban algunos caserones en pie. Se habían salvado de ser devorados por las hambrientas y descomunales máquinas excavadoras. Esas tragonas imparables a las que igual da zamparse un bocadillo de calamares, que un muro de piedra o un autobús de dos pisos.

Entre todos esos antiguos caserones, existía uno muy particular a las afueras de la ciudad. Era viejo y ruinoso, con mil remiendos en sus achacosas paredes, y quedaba casi oculto por la maraña de plantas del jardín abandonado que lo rodeaba. Un caserón que habría hecho las delicias de los niños del barrio. ¡Qué de aventuras podrían haberse imaginado entre sus gruesos muros, qué de sueños podrían haberse construido con su estructura de castillo inexpugnable!

Pero no había niño en el barrio que se atreviera a acercarse siquiera a su verja oxidada. El caserón era toda una leyenda de miedo, misterio y magia.

En él vivía un anciano de larguísimas barbas de nácar, cabello alborotado, ropas gastadas y bastón de junco. Aunque su principal distintivo era una descomunal bufanda roja, enroscada a su cuello como una serpiente tanto en verano como en invierno.

Del anciano se contaban cosas increíbles y fabulosas, sobre todo entre los niños. Unos lo creían un loco; otros, un bandido ya retirado del oficio; y los más, un brujo. La verdad, también podría ser una buena persona, pero nadie se había preocupado de averiguarlo.

Todo lo que del anciano se sabía, era que un día apareció en el barrio y se quedó a vivir en el caserón, hasta entonces abandonado. Lo demás, sólo suposiciones.

Los niños lo espiaban desde muy lejos, ya que era la causa principal de su miedo. A veces lo veían asomado a alguno de los enormes balcones y con la mirada fija en los árboles del jardín, como si estuviera contando las hojas recién brotadas o las notas que los pajarillos dejaban caer desde las altas ramas.

Cuando Timoteo llegó al barrio y entabló amistad con los otros niños, en seguida le contaron las leyendas del viejo de la bufanda.

—¡Bah!, eso son tonterías. Apuesto a que será un anciano simpático. Igual que mi abuelo.

Que Timo no tuviera miedo, cuando ellos tenían tanto, era algo que no estaban dispuestos a perdonarle. Y más, siendo bajito y delgaducho. Así que le pincharon para que entrara en el caserón.

—Está bien, le haré una visita, veréis cómo no pasa nada.

Cuando Timo cruzó el jardín del caserón, sí que tenía un poquito de miedo, pero sabía disimularlo estupendamente. Su truco consistía en silbar con fuerza su canción preferida. De ese modo, no le daba tiempo a pensar.

—Qué chulo, encima silba —dijo con admiración uno de la panda.

—Deja que el viejo le eche el guante... —pronosticó otro.

A la puerta le faltaba la cerradura, y chirrió como un violín enfadado cuando Timo la empujó. En el interior no encontró muebles historiados ni cuadros tenebrosos como esperaba, sino un montón de cachivaches desperdigados. Lo más parecido a una chatarrería.

De repente, un ruido extraño consiguió que se estremeciera, como si un viento frío jugara a alpinista por su cuerpo. Algo le habían dicho sus amigos de los ruidos misteriosos y aterradores.

El sobrecogedor ruido procedía del piso superior y bajaba por la escalera como si le hubieran crecido patas. Claro que quién sabe si el ruido no tiene patas y quizá también alas, si nadie ha conseguido verlo.

Instantes después, ante Timo apareció un extraño aparato, que se deslizaba por el pasamanos de la escalera igual que un cochecito por la montaña rusa. Era una mezcla de lavadora, sillón de dentista y coraza del rey Arturo.

El curioso aparato paró en seco contra la bola de bronce que remataba la barandilla. Del impacto se abrió una trampilla y alguien salió disparado por los aires. Timo se tapó los oídos, tal vez para no oír el tremendo batacazo que se avecinaba. Pero en la espalda del volador personaje se abrió una especie de paracaídas y consiguió aterrizar con suavidad.

Delante de Timo sonreía un anciano de cuyo rostro manaba una cascada de pelos blancos. No había duda, la bufanda lo hacía inconfundible: era el temible anciano.

Timo quedó impresionado por la colosal estatura del hombre, a pesar de su cuerpo levemente encorvado, incapaz ya de soportar el inconmensurable peso de los años.

El anciano se quitó de la espalda la sombrilla de colorines que le había servido de paracaídas, mientras decía:

—Por fin alguien se atreve a visitarme. Tú serás mi primer amigo del barrio.

Y sin más preámbulos tendió la mano a Timo, a un tiempo que decía:

—Yo soy don Nicanor, el que por las ferias tocaba el tambor.

—Y yo, Timoteo, el que más rápido lee un tebeo —respondió el niño, y le estrechó la mano.

Como ya eran amigos, Timo señaló el uniforme que vestía don Nicanor y le preguntó:

—¿Vas vestido de músico?

—No, es que ahora soy mariscal de los Grandes Ejércitos del Tocamerroque. No, no es que esté loco, cosa que indudablemente no tendría demasiado mérito, sino que como me aburro, organizo mis propios juegos. En este mundo extravagante parece que los viejos y los niños somos los únicos que sabemos jugar.

—Pues a mis padres le gusta jugar a la lotería y a las quinielas —apuntó Timo.

—¡Bah!, me refiero a los juegos de verdad.

—¿Y tú con quién juegas si no tienes amigos?

—Yo me construyo mis amigos. Verás.

Sacó una trompeta del bolsillo y tocó: “Tararí, tiri, titi”. Bueno, sonó un poco desafinado, pero más o menos fue así.

Un atronador ruido como de cacerolas chocando entre sí empezó a oírse en el piso superior. Parecía la cocina de un cuartel en día de zafarrancho.

No tardaron en aparecer en la escalera unos extraños personajes contruidos con ollas, pucheros y sartenes. Bueno, además de muelles, ruedas de reloj y algún programador de lavadora. Sin embargo, no parecían robots, más bien tres esculturas vivientes, pues tres era su número.

Cuando bajaron los peldaños, se situaron frente a don Nicanor y lo saludaron llevándose la mano a la sartén, es decir, a la gorra.

—A la orden de vucencia, mariscal —dijo el más guapo de los tres—. ¿Podemos dar un concierto a nuestro amigo Timo?

El niño se quedó muy sorprendido.

—Aquí donde los ves, ninguno ha hecho la mili —comentó el anciano sonriendo—. ¿Te apetece un concierto de perola y cucharón? Ellos sí son músicos, los mejores de la banda del Ejército del Tocamerroque.

—Sí —respondió, Timo—, pero ¿cómo es que saben mi nombre?

A Don Nicanor se le escapó por las mallas una risita traviesa, que arrancó ecos de plata a los cachivaches y, luego, se quedó dormida entre las notas calladas de una vieja cajita de música.

—Muy sencillo, porque soy yo quien habla. No se nota porque soy ventrílocuo, o sea, que hablo con el vientre.

—¿Y tiene mucho mérito hablar por el vientre? —preguntó Timo.

—Claro que sí, no es fácil.

—¡Jolín!, pues mi tía Lola sí que debe de tener mérito, porque mi padre dice que habla por los codos.

Los músicos no tardaron en empezar su concierto. No era fácil sacar bellos sonidos a unos simples utensilios de cocina, pero sonaban bien, la verdad. Sobre todo aquella especie de jeringuilla gigantesca, igual a la que la madre de Timo utilizaba los domingos para hacer churros. Oyéndola, nadie dudaría de que era una trompeta.

El caserón estaba inundado de notas musicales. Sin embargo, a los amigos de Timo, apostados en la acera de enfrente, sólo les llegaban ruidos confusos.

—Se lo está cargando —dijo uno.

—Creo que se lo va a comer —añadió otro que era más listo—, ¿no oís ruido de cacerolas?

—Claro, el viejo debe de ser un caníbal.

Esta suposición, al parecer, hubo quien no la comprendió, pues preguntó:

—¿Qué es un caníbal?

—El que se come a otro hombre.

—Y el que se come a un caníbal, ¿cómo se llama? —insistió el que había preguntado.

—Yo qué sé, todavía no lo hemos dado en clase.

—Eso es de quinto —puntualizó el que parecía más enterado.

—Seguro.

El más pequeño de la panda, levantó un dedo como si pidiera la palabra y comentó:

—El otro día mi profe dijo: “En mi pueblo hay un solo peluquero”. Y, luego, me preguntó: “¿Quién corta el pelo al peluquero?”

Todos quedaron intrigados. Por fin preguntaron casi a coro:

—¿Y tú que respondiste?

—Su tía.

—Qué pasada, ¿no?

El pequeñajo levantó los hombros y dijo presuntuosamente:

—Pues acerté, chaval, que mi profe había dicho que sólo había un peluquero, pero no dijo que también había una peluquera, y precisamente era su tía.

—Eso es chorra.

—Bueno, pero me *casó* un diez.

Ninguno parecía acordarse ya de Timo ni del anciano, hasta que se oyó un grito lejano. Un grito hueco y prolongado, como un bostezo del silencio.

—Ahora sí que se lo ha cargado. ¿No habéis oído?

Todos lo habían oído. Y volvieron a oírlo, ahora con mayor claridad:

—¡El chatarreroo...!

—¡Jo, qué corte!

Cuando Timo salió del caserón, ninguno de la panda se creía que estuviera entero.

Incluso le hicieron quitarse las zapatillas de deporte para contarle los dedos del pie a

ver si le faltaba alguno. Pero no, estaba entero.

—Huele a muerto —comentó el pequeñajo, buscando desesperadamente una consecuencia terrible.

—Son las zapatillas, animal.

Y es que las zapatillas de marca ya hasta cantan.

Timo y don Nicanor se hicieron muy amigos. Jugaban todos los días entre los numerosos cacharros del caserón, y el niño se lo pasaba bomba.

El anciano cada noche salía de excursión con un carrito, que, de madrugada, traía cargado de cachivaches. Lo que significaba nuevos instrumentos de juego, pues no hay juguete más divertido que un trasto inservible si se le sabe echar un poquito de la sal mágica que contiene el frasco de la imaginación. En la vida todo es cuestión de salero.

Los amigos de Timo, a pesar de que él aseguraba que don Nicanor era un anciano divertido e inofensivo, no se atrevían a acompañarlo en sus visitas al caserón.

Las personas del barrio, como suele ocurrir cuando no comprenden el comportamiento de alguien, empezaron a decir que Timo estaba loco, tanto como el anciano. Incluso advirtieron a sus padres del peligro que el niño podría correr. Pero éstos visitaron a don Nicanor y comprobaron que era tal como su hijo decía y que, por tanto, no había motivo de preocupación. Sin embargo, no pudieron evitar que siguiera siendo el “niño loco” del barrio.

Un día, don Nicanor se puso muy serio y dijo a Timo:

—Me marchó. Tengo que dejar el caserón antes de que lleguen las máquinas excavadoras.

—¿Por qué?

—Así es la vida, dicen que esto es demasiado terreno para un hombre solo. Construirán una torre, en la que vivirán centenares de personas.

—¿Y por qué no les construyen casas en el campo?, anda que no hay sitio... — protestó el niño.

—Seguramente será para no quitárselo a las amapolas.

El razonamiento de don Nicanor debió de convencer a Timo, porque buscó otra solución.

—Pues no dejes que te echen.

—No puedo, esta casa es de un familiar mío y la ha vendido.

Don Nicanor y Timo se tendrían que haber puesto muy tristes como es costumbre en todas las historias, pero no les dio la gana. Tampoco tiene nadie obligación de actuar lo mismo que los demás.

En vez de entristecerse, digo, y llenar tres barriles de lágrimas, decidieron dar un concierto de despedida a los vecinos del barrio. Pero como de día todo el mundo se encontraba en su trabajo, optaron por hacerlo de noche.

La noche del concierto no se les olvidó jamás a los vecinos. Llamaron a la policía y hasta los bomberos.

—¡Deténgalos, deténgalos! —gritaban enloquecidos desde las ventanas—. Mañana tenemos que trabajar y no nos dejan dormir con tanto ruido. ¡A la cárcel!

Pero como eran los músicos del Ejército del Tocamerroque quienes tocaban, los policías se excusaban:

—No podemos detener a los pucheros ni a las cacerolas, la ley nada dice sobre ello.

Tras este argumento, los vecinos llamaron por teléfono al Presidente del Congreso de los Diputados y le dijeron:

—Tienen que elaborar una ley para detener a las cacerolas y a las sartenes.

El Presidente, no despierto del todo, se volvió hacia su mujer y le dijo:

—Mañana dimito, se me han fundido los plomos.

A lo que su mujer, no menos dormida, respondió:

—Y qué más da que se hayan fundido los plomos, para dormir no necesitamos luz.

En vista del fracaso, los vecinos optaron por lanzar cubos de agua desde las ventanas contra don Nicanor, Timo y los tres músicos mecánicos. El anciano sacó su voz de ventrílocuo y gritó:

—¡Los artistas somos unos incomprensidos!

Los vecinos se quedaron muy sorprendidos, no de que un muñeco mecánico hablara o tocara la trompeta o el tambor, ¡qué va!, sino de que se considerara un artista. La gente de las grandes ciudades es así, qué le vamos a hacer.

Don Nicanor metió todas sus cosas personales en una pequeña maleta. Parecía imposible que un hombre tan aficionado a los cachivaches tuviera tan escaso equipaje.

Antes de abandonar el caserón, dijo a Timo:

—En recuerdo de nuestra amistad, quiero regalarte algo: el portentoso y singular tesoro del Tocamerroque.

Después de cavar en el jardín, el anciano sacó un cofre oxidado y lo abrió con gran ceremonial y misterio.

Timo esperaba un montón de monedas, un chorizo de Cantimpalos o una jaula de grillos, que todo era posible tratándose de don Nicanor. Pero su cara reflejó que se había equivocado por completo.

—¡Un embudo!

—Nada de embudo —aseguró, molesto, el anciano—, esto es un cuchipando.

—¿Estás seguro? —preguntó el niño rascándose la cabeza, que no veía más que un vulgar embudo.

—Vaya si lo estoy, lo he inventado yo.

—¡Ah!, bueno —aceptó Timo ya convencido—. ¿Y para qué sirve el cuchiman... cuchimando o como se llame?

—Cuchipando —corrigió el anciano, y añadió con la mayor naturalidad—. Para qué va a servir: para conocer el carácter de las personas.

Timo empezaba a estar intrigado.

—¿Y dónde se pone el cuchipando?

—En el ojo. Es muy sencillo, tú observas por este agujero la cara de la persona cuyo carácter quieres conocer e inmediatamente, según veas su expresión, descubrirás si es amable, antipática, alegre o agresiva.

—¿Seguro? —preguntó el niño con cierta desconfianza.

—Vamos a probarlo.

Abandonaron el caserón y buscaron a algún transeúnte, pero a esa hora temprana de domingo no había un alma por las calles. Por fin, encontraron a Casimiro del Ojo Avizor, guardia municipal encargado de la vigilancia y protección del barrio.

Don Nicanor se acercó el extremo delgado del embudo a un ojo y miró hacia el policía. El hombre, que era de natural bonachón, sonrió amablemente.

—El cuchipando indica que tiene buen humor. Mira ahora tú.

Timo se llevó el embudo a los ojos y apuntó la gran boca hacia el guardia Casimiro. Por el agujero del cuchipando vio la cabezota del policía enmarcada en un círculo. El hombre no sólo sonrió al niño, sino que se llevó las manos a las orejas y movió los dedos de arriba abajo, como si fueran alas.

—Es un guardia simpático y divertido —comentó Timo.

—¿Ves?, hemos comprobado que es un buen hombre, el cuchipando no falla. Bueno, pero como no te veo muy convencido, vamos a probar con alguien más.

Siguieron la búsqueda y encontraron a un señor de porte muy distinguido que paseaba a su perro, aunque no estaba del todo claro si era el perro quien paseaba al señor, que en esto de los animales de distinta especie resulta muy difícil saber quién es el que domina. Habría que haber consultado a un especialista, pero, como era domingo —ya se dijo—, ningún veterinario tenía abierta la consulta.

Timo enfocó la boca del embudo hacia la cara del elegante caballero, que, en cuanto se dio cuenta de que era observado, arrugó la nariz y enseñó los dientes.

—¡Caramba!, tiene malas pulgas —dijo el niño.

El hombre, no contento con poner mala cara, les azuzó el perro.

—Anda con ellos, “León”.

El animal, obediente o imitador de su amo, mostró los dientes y lanzó unos amenazadores ladridos. Menos mal que don Nicanor supo recurrir a su ventriloquia e imitó el ladrido de un mastín enfadado.

El chucho, que, por fortuna, de león sólo tenía el nombre, pues se trataba de un diminuto caniche, al oír los ladridos de lo que creyó un perro gigantesco, metió el rabo entre las patas y se escondió detrás de su amo.

Don Nicanor y Timo decidieron que lo mejor sería quitarse de en medio cuanto antes, a la vista de la cara del señor distinguido y del bastón que empuñaba amenazadoramente en alto.

La estación se encontraba a rebotar de gente. Viajeros con la maleta llena de sueños en busca de más prometedoras estaciones. Viajeros que entre los raíles y las traviesas dejan enterrados sus recuerdos y sentimientos con la esperanza de hallarlos florecidos a su regreso. Viajeros de todos los fines de semana para los que la estación no es sino un peldaño más en la monotonía de su vida. Viajeros a ninguna parte que deambulan por los andenes nunca se sabe si por matar el aburrimiento o si por revivir la ilusión de un encuentro imposible.

“Tren rápido con destino a La Rioja se encuentra estacionado en vía segunda, andén primero”. Machaconeo de altavoz gastado que chisporretea y se hace incomprendible.

—¿Qué ha dicho?

—No sé, algo sobre que el tren cargado de vino de La Rioja echará a andar el primero.

—Será un mercancías.

—¡Ah!, bueno. ¿Y sabe usted cuál es el expreso del sur?

—Se ha equivocado de estación. Estos trenes van al norte.

—No importa, yo sólo vengo a curiosear.

Una discusión bajo el reloj. “Usted me ha golpeado con la maleta”. “No, fue usted, que no mira por dónde va”. Corrillo de curiosos. Pitido nervioso de máquina contenida.

—Tren expreso con destino a...

—¡Hay Coca-cola!

—Vamos a comprar lo billetes, Manolo, que han dicho que hay poca cola.

Don Nicanor, dispuesto ya a emprender su viaje, dijo a Timo:

—Por los servicios prestados al glorioso Ejército del Tocamerroque, voy a condecorarte.

Dicho esto, sacó del bolsillo unas descomunales medallas, con cintas multicolores, y se las colgó al niño en el pecho, a un tiempo que, con gran ceremonial, pronunciaba:

—En este acto, te nombro Comendador Insigne de la Gran Orden del Tocamerroque
—le apoyó su bastón de junco sobre un hombro y continuó— y te armo caballero.
¡Música!

Encima del tren sonaron ruidos de cacerolas, y Timo pudo ver a los tres músicos mecánicos encaramados sobre el vagón en que iba a viajar el anciano. Empezaron a tocar con energía el himno del Ejército del Tocamerroque. Pitó la máquina, también el jefe de estación, y para no ser menos, el guardia de la esquina. Todo era música en aquel acto de despedida y condecoración.

La gente, que nunca se sabe por qué en las estaciones ríe o llora con igual facilidad, tomó la música por el lado alegre y se puso a silbar y a tararear. Unos ancianos, siempre los más animados y verbeneros, se lanzaron a bailar con aires de pasodoble, eufóricos ante las esperadas vacaciones en el albergue de la costa.

El tren se puso en marcha lentamente, mientras los tres músicos de la banda continuaban dale que te pego a sus pucheros y cacerolas musicales.

Don Nicanor dijo adiós con la mano. Timo contestó:

—No te preocupes, vas en buenas manos. El cuchipando indica que el maquinista es una buena persona.

Si antes muchas personas del barrio pensaban que Timo estaba loco, ahora, viéndolo pasear con sus medallas colgadas y mirando por un embudo como si fuera un catalejo, a nadie le quedaba ya duda de su locura.

A Timo, sin embargo, le importaba un comino lo que pudieran pensar. El se lo pasaba fenomenal observando con su cuchipando a la gente .

Había descubierto que el sitio donde podía estudiar a mayor número de personas era en la Plaza Mayor, pues siempre estaba a tope de gente. Así que muchas tardes, a la salida del colegio, montaba su puesto de observación en ella.

El cuchipando debía de estar estropeado o bien la gente tenía muy mal carácter, pues todo el mundo tenía la cara avinagrada, como si el mal humor fuera colectivo. Incluso cuando alguien estaba medio sonriendo y se sentía observado por Timo, torcía el gesto y ponía cara de muy pocos amigos. Sí, era como si hubiera una epidemia de irritabilidad y mal humor.

—Niño, ¡qué miras! —gritaba con malos modales un señor que debía de pensar que la educación sólo consiste en llevar corbata.

—¡Lárgate con el embudo y mira a tu tía! —decía otro.

—¡Cochino, a saber qué estará mirando! —chillaba una señora, que debía de tener complejo de foca por las muchas pieles con que se envolvía.

Todo eran protestas y malas caras, pero a Timo no le preocupaba lo más mínimo. El seguía erre que erre analizando el carácter de la gente.

No faltaban los curiosos que se le acercaban y le preguntaban:

—¿Qué ves por ahí?

—A la gente.

—¿Me dejas mirar? —pedían.

—Bueno —aceptaba el niño.

Y miraban en todas direcciones, pero cómo no veían nada especial, le devolvían el cuchipando decepcionados.

—Vaya una tontería, si no tiene lentes ni nada, sólo es un embudo.

Por este motivo, entre las personas que solían pasear por la plaza se hizo popular la figura del niño moreno y delgado con sus medallas y su embudo. Y caritativa y cariñosamente, como es costumbre entre muchas personas de bien, empezaron a llamarle el “tonto del embudo”.

—¿Qué, has visto ya a los marcianos? —le preguntaban burlonamente.

—A ver si consigues ver el futuro y me dices el número en que va a tocar el gordo de Navidad.

—A ver si localizas a mi hermano que vive en Guatemala.

Diríase que el buen humor de los ciudadanos sólo afloraba si se trataba de burlarse de los demás.

Cierto día, un extraño personaje de más pelo que carne, gruesas lentes y andares, por ágiles, juveniles, acertó a pasar por la plaza y Timo lo observó a través de su cuchipando. El hombre se dio cuenta y le sonrió con afecto.

“¡Caramba!, por fin encuentro alguien simpático y de buen carácter”, pensó el niño, cansado de descubrir en los rostros la intolerancia, la acritud y el mal genio.

El curioso personaje se le acercó y le preguntó:

—¿Por qué me mirabas con el embudo?

—No es un embudo, es un cuchipando —respondió el niño con dignidad.

—Perdona, ¿por qué me mirabas con el cuchipando?

—Para conocer tu carácter.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y cómo es mi carácter?

—Alegre y simpático, diferente al de casi todos los que miro.

La gente se detuvo alrededor, divertida de ver cómo aquel hombre extraño se interesaba por el “tonto del embudo”.

—¿Me dejas mirar por tu cuchipando? —pidió el hombre.

—Claro que sí, pero no verás nada. Nadie ve nada, sólo yo.

El hombre acercó un ojo al embudo y empezó a mirar a la gente, que reía burlonamente de verle con el embudo.

—¡Cáspita!, es cierto, puedo conocer el carácter de las personas —dijo el hombre—.

Y a decir verdad, lo tienen desmejorado.

Uno de los curiosos soltó una carcajada. El hombre lo miró por el embudo y comentó:

—Por ejemplo, ese señor es ignorante y poco bondadoso, pues se burla de la buena fe de los demás y de lo que no es capaz de comprender.

El curioso dejó de reír y puso cara de pocos amigos.

—¿Ignorante yo? —dijo muy enfadado.

El hombre de las gruesas lentes volvió a mirarlo por el embudo y añadió:

—Los ignorantes ante la primera contrariedad se comportan como los cohetes, primero hacen ruido y luego explotan. Sí, además tiene un carácter irritable y alborotador.

El curioso montó en cólera y gritó amenazadoramente:

—Y usted es tan tonto como el niño. Y si vuelve a insultarme le parto la cara.

Entre los numerosos mirones se armó un lío tremendo. Unos querían sujetar al alborotador, mientras otros lo animaban a que peleara.

Aprovechando la confusión, un descuidero se apropió de tres carteras vacías, una docena de talones sin fondos, dos bolígrafos gastados y una lata de sardinas en aceite, lo único positivo que sacó de su rapiña.

El extraño personaje, por el contrario, no se inmutó y siguió mirando a todos por el embudo. Esto irritó a los restantes curiosos, que, con el rostro congestionado de rabia, comenzaron a insultarlo y amenazarlo.

Ante tal zipizape, se acercó un policía y se dirigió al grupo de enfurecidos ciudadanos.

—¿Qué ocurre aquí? ¿A qué tanto revuelo?

Todos callaron y se pusieron muy serios. Algunos miraron al cielo a ver si les caía alguna de las flores de la inocencia que crecen entre las nubes, pero aún no era primavera en los grandes almacenes.

—Veo que ahora tienen miedo. Son unos cobardes, aunque traten de disimularlo —apuntó a Timo por lo bajini el hombre de las gruesas lentes.

Mientras, un dedo le apuntaba con la misma inclemencia que el estoque amenaza al toro bravo.

—Este señor se estaba burlando de nosotros —acusó el que señalaba, un hombre disfrazado de caballero.

—No ha hecho nada, sólo jugaba con ese niño —defendió un caballero disfrazado de hombre.

—No haga caso, lleva razón el señor, el gafudo se mofaba de nosotros mirándonos por el embudo, y perdone por el poema —sentenció la señora a la que habían birlado la lata de sardinas.

El hombre flaco enfiló el embudo hacia el guardia y dijo a Timo:

—Nos la vamos a cargar, este policía tiene muy mal carácter, es de los que no les gusta que le compliquen la vida.

—A mí no me mire.

—¿Existe alguna ley que prohíba mirar a los demás a través de un embudo? —argumentó el hombre de largos cabellos.

—¿Acaso pretende burlarse de la autoridad? —aseguró más que preguntó el agente del orden—. ¡Vamos, a la comisaría!

Cogió del brazo al hombre de las gruesas lentes y, de un tirón, le arrancó el embudo de la mano.

—¡Oiga!, que es mío, devuélvame! —protestó Timo.

—O sea, que tú eres el causante de este alboroto. Acompáñame también. Ya os enseñaré yo a no incordiar a la gente con un embudo. ¡Vaya par de locos!

—No es un embudo, sino un cuchipando —corrigió el niño.

Era lo único que faltaba para sacar de quicio al policía.

—¡Encima pitorreo...!

Los curiosos, que en el fondo tenían más aburrimiento que maldad, dispusieron ya de tema de conversación para todo el día, además de la satisfacción de sentirse triunfadores en aquel absurdo asunto del embudo. El policía, con su intolerante actuación, había logrado hacerlos felices, que, al fin y al cabo, para eso le pagaban por medio de los impuestos.

Cuando llegaron a la comisaría, el policía adoptó el mismo aire de superioridad que si hubiera cazado a dos peligrosos criminales.

—A ver, ¿dónde está el comisario? —dijo.

—No está.

—¿Cómo que no está!

—Ha ido con su señora a comprarse unos calcetines.

Una discusión entre policías sobre si un comisario tiene o no derecho a comprarse unos calcetines en las horas de servicio escapa del propósito de cualquier historia. Así que conformémonos con saber que Timo y el señor flaco y de gruesas lentes, del que a su tiempo se dará nombre y ocupación, quedaron recluidos en una de las dependencias del cuartelillo en espera de que regresara el comisario.

En aquella habitación no había ratas, como Timo se esperaba, sino un canario en su jaula -prisión dentro de la prisión- y un hombre que se mordía las uñas y les sonreía.

El niño miró al hombre con recelo, temiendo que se tratara de un asesino o de un defraudador de hacienda. Por fortuna había recuperado su cuchipando y podría analizar sus intenciones.

Timo observó con atención al hombre, pero no encontró más que el rostro de una buena persona, algo intranquila, eso sí. Le pasó el cuchipando al hombre de las gruesas lentes para estar seguro.

—Tiene cara de ser un buen hombre —dijo al niño, y luego se dirigió al hombre—. ¿Usted por qué está aquí?

—Porque me han intentado robar el coche.

Ante la cara de sorpresa de Timo y del hombre flaco, el señor nervioso explicó:

—Un joven había forzado la puerta de mi coche e intentaba arrancarlo cuando, en ese momento, aparecí yo, me lancé sobre él y conseguí atraparlo. Lo traje a la comisaría y me han dicho que me quede aquí hasta que vuelva el comisario y me tome declaración. Cuestión de formalidades, ya sabe.

—¿Y el joven ladrón? —preguntó el hombre de gafas.

—Lo han soltado. Dicen que no tienen que tomarle declaración porque lo conocen de sobra.

El comisario adoptó un aire paternal con el niño para volverle a preguntar:

—Vamos a ver, ¿quieres decir que te llamas Timoteo Comendador y Caballero?

—No, me llamo Timo y soy comendador y caballero.

El comisario se rascó la cabeza y preguntó con desesperación:

—Comendador y caballero ¿de qué?

—Del Tocamerroque.

—Del Tocamerroque, ¡qué idiotez! ¿Y puedes decirme qué hacías con el embudo?

—No es un embudo, es un cuchipando.

Con un gesto, el comisario llamó a uno de los policías y le dijo:

—Tocamerroque, cuchipando, ¿es que quiere volverme loco? Traiga al hombre, a ver si me aclara algo. Espero que no sea otro majara como el niño.

El comisario no levantó los ojos de los papeles hasta que hubo preguntado al hombre flaco:

—A ver, dígame su nombre.

Pero no fue necesario que lo dijera. En cuanto el comisario lo vio, debió de reconocerlo, pues se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Don Sabino!

Y luego, enfurecido, llamó al policía que los había detenido y le vociferó:

—¡Estúpido, mostrenco! ¿Cómo se le ha ocurrido detener al más prestigioso sabio de nuestro país? Usted perdone, excelentísimo señor don Sabino, ha sido un error, un imperdonable error. Espero que no presente queja ante mis superiores. No sé qué decir ni qué hacer. Oiga, si quiere, puede mirarme por el embudo. Será un honor para mí.

—Sí, señor —dijo don Sabino—, eso está hecho.

Lo miró por el cuchipando y, luego, se lo pasó a Timo. El comisario sonreía sintiéndose observado, del mismo modo que si lo estuvieran filmando para el telediario.

—Y tú, Timo, perdóname también, ¡cómo no me acordaría yo del Tocamerroque! ¿Quién no ha oído hablar del famoso Tocamerroque? Claro, Comendador del Tocamerroque, un caballero... Nada me merece más respeto que lo que ustedes representan: el saber y la aristocracia.

Don Sabino, antes de abandonar la comisaría, le susurró al niño:

—No parece mala persona el comisario, pero sí un poco pelotillero, ¿verdad?

A la mañana siguiente, en la primera página de todos los periódicos apareció la noticia sobre la detención de don Sabino.

Timo se sintió muy orgulloso de haber compartido la aventura con un sabio tan importante y de que sus nombres aparecieran juntos en el periódico. Pero más aún, de que don Sabino reconociera en sus declaraciones la gran invención que suponía el cuchipando. “Con este aparato —había dicho el sabio—, puede conocerse no sólo el carácter, sino las intenciones y comportamiento del individuo”. Con un respaldo así, Timo pensaba que, en lo sucesivo, nadie se atrevería a reírse de él ni de su cuchipando.

En efecto, a la mañana siguiente, cuando iba camino del colegio, todos los vecinos con que se encontró lo felicitaron y le pidieron que algún día los mirara con el cuchipando.

También en el colegio fue centro de la atención de todos. Incluso el director le rogó que mirara a los profesores por el cuchipando y le diera un informe para mejor conocimiento del personal a su mando y para la buena marcha del centro.

Cuando Timo regresó del colegio, cogió el cuchipando y se marchó a la plaza mayor. “A ver quién se atreve hoy a burlarse”, pensaba, con la seguridad de quien se siente apoyado por un reconocido sabio.

Como todos los días, comenzó a mirar a los transeúntes a través del cuello metálico del cuchipando.

En contra de lo acostumbrado, la gente no mostraba su cara avinagrada; por el contrario, en cuanto se sentía observada, sacaba la mejor de sus sonrisas y ponía cara de no haber roto jamás un plato. Incluso daba las buenas tardes y largaba un “qué niño tan mono y tan listo”.

Diríase que se había operado un milagro entre los habituales de la plaza, como si de repente la intolerancia, la agresividad y el mal humor hubieran dado paso a la simpatía

y a la sonrisa amable. Incluso muchas personas se esforzaban para que el niño las mirara con el embudo y en dar su mejor imagen.

Timo no esperaba encontrarse con el Alcalde esa tarde. Pero apareció en la plaza, rodeado de sus guardaespaldas y de sus concejales más fieles. Cuando se hallaba suficientemente cerca, se llevó el cuchipando a los ojos y lo observó con detenimiento. El alcalde mostró esa sonrisa especial que reservaba para las fotos y los carteles de propaganda electoral. Pero lo más sorprendente estuvo en que se dirigió a él y lo saludó como si fueran amigos de toda la vida.

—¡Hola, Timo!, ¿me dejas mirar por el cuchipando?

—Claro que sí —dijo el niño, que se sintió muy honrado de que se interesara por él un personaje tan relevante.

El Alcalde se colocó el embudo en un ojo y observó una por una a todas las personas que se habían agolpado en derredor.

—¡Caramba!, no puedo ocultar mi satisfacción de ver mi ciudad llena de personas felices —luego, susurró a los concejales—, y eso que sólo llevo un año en el cargo... Y tal era la impresión que daban ahora los curiosos, que parecía que competían por ofrecer la mayor de las sonrisas.

Sin embargo, el alcalde no quiso hacer público que no veía absolutamente nada distinto a si miraba sin embudo. Bueno, a excepción de que la gente sonreía con mayor entusiasmo al sentirse enfocada.

Pronto cundió la voz de que el alcalde estaba observando a la gente a través del embudo. La reacción no pudo ser más favorable: los caballeros se levantaron de los bancos y cedieron su lugar a las señoras; dos automovilistas que discutían acaloradamente cesaron de insultarse, aceptaron su culpabilidad y se ofrecieron mil excusas; la gente comenzó a saludarse educadamente; y los carteristas y descuidados abandonaron precipitadamente la zona, temerosos de que el alcalde pudiera reconocer su carácter de chorizos.

Resultaba evidente: todo el mundo quería causar buena impresión. Quizá por ese afán del ser humano de aparentar que es mejor de lo que en realidad es, y viceversa.

Llegaba a tal extremo el empeño colectivo de parecer encantadores, que incluso los concejales tenían cara tan beatífica, que más parecían un grupo de monjitas en día de paseo. Los únicos que cambiaron menos de aspecto fueron los guardaespaldas del alcalde, que seguían pareciendo gorilas, aunque de zoológico, eso sí.

En los días que siguieron, el teléfono de Timo no paró de sonar, las cartas llegaron a ser tan numerosas, que en Correos tuvieron que asignarle un cartero sólo a su servicio. Los padres de Timo creyeron volverse locos con tanto revuelo. Y es que todo el mundo pretendía hacerse con el ya famoso cuchipando.

Las grandes empresas querían el embudo a toda costa a fin de estudiar el carácter de su personal. Sería la garantía de contar sólo con empleados fieles, honrados y trabajadores. Descubrirían a los ineptos y los expulsarían.

Los fabricantes de dentífricos estaban dispuestos a todo por conseguir el embudo maravilloso para utilizarlo en sus campañas publicitarias. Se relamían pensando en la cantidad de sonrisas que tendrían que blanquear y abrillantar. Venderían productos por un tubo, un tubo de pasta de dientes, por supuesto.

Los centros médicos solicitaban el cuchipando en beneficio del ser humano, como consecuencia de la desvirtuada noticia aparecida en un gran periódico, cuyo titular rezaba así: “Espectacular avance científico. La radiografía sin radiaciones, gracias a un nuevo aparato de reciente invención: el cuchipando”.

Los pastores de todas las iglesias deseaban el cuchipando para distinguir a las ovejas descarriadas y llevarlas al buen camino.

El Ministerio del Interior estaba también interesado en hacerse con tan prodigioso invento para uso de la policía en su misión de detectar a los maleantes.

También el Ministerio de Defensa lo solicitó, a fin de emplearlo para desenmascarar espías.

Los espías, por su parte, creyéndose perdidos, abandonaron el país apresuradamente, dejando abandonados sus planos secretos, los microfilmes y las recetas de cocina que les había encargado que consiguieran la primera dama de sus respectivos países.

Del mismo modo, los maleantes, usureros, comisionistas, especuladores, traficantes de droga, empleados corruptos y otras gentes de bien vivir escaparon de la ciudad con el miedo metido en el cuerpo.

La ciudad comenzó a notar la emigración de tantas personas y, en consecuencia, el tráfico se hizo más fluido, la gente dejó de pelear en los atascos y de disputar por un aparcamiento. Existía tal tranquilidad, que parecía el mes de agosto.

Entretanto, Timo continuaba negándose a desprenderse del cuchipando, pues era el tesoro del Tocamerroque que sólo a él le había sido encomendado por don Nicanor antes de su partida.

En vista de las circunstancias, el gobierno decidió proteger tan notable invento, y lo declaró bien nacional y ordenó que una compañía del cuerpo especial de policía se ocupara de su protección y custodia.

Esto, no obstante, no impidió que un grupo de turistas asiáticos fotografiara el cuchipando. Días después, el mercado internacional se vio inundado de diminutos embudos “made in China” que la gente compró por docenas. Aunque de poco les sirvieron, pues por más que miraban por ellos no veían nada distinto a lo que se podía ver a través del vulgar y sencillo embudo que guardaban entre los utensilios de cocina de su casa.

El Presidente del Gobierno, convencido de que el niño no estaba dispuesto a desprenderse del embudo, lo invitó a que fuera a su despacho.

Timo hacía antesala en el palacio presidencial, a la espera de que le llegara el turno para hablar con el Presidente. Ante él pasaban ministros, directores generales y otras muchas personalidades de la vida pública del país. Al niño le divertía verlos tan emperifollados y oírlos hablar, aunque no entendiera nada, de la coyuntura, el producto interior bruto, la balanza de pagos y las vacaciones en el Caribe, lugar que a él le sonaba a pueblito de la sierra.

Como no le interesaban las atrasadas revistas del corazón que había depositadas sobre la mesa, pues le recordaban con horror la consulta del dentista, decidió, para matar el aburrimiento, mirar por el cuchipando a todas esas personalidades. La verdad, quedó encantado, en su corta vida no había observado a gente tan simpática, sonriente y amable. En cuanto se daban cuenta de que Timo los miraba, no sólo le sonreían y le hacían cucamonas, sino que le ofrecían refrescos, boletines del Estado para que construyera pajaritas de papel e, incluso, se prestaban para jugar a los indios o al rescate por los interminables pasillos del palacio presidencial.

Cuando Timo entró en el despacho del Presidente y lo miró con el cuchipando, descubrió que era idéntico al que había visto en las fotos y en la televisión. Sólo le faltaba ese niño al que siempre besa, pero se le veía igual de simpático.

—Bien, Timo —dijo el Presidente—, como no te quieres desprender de tu cuchipando, me gustaría que, al menos, me dijeras dónde puedo conseguir otro igual.

—No sé si será posible, porque este es el tesoro del Tocamerroque e ignoro si habrá más ejemplares.

—Bueno, en ese caso, investigaremos para saber si existen otros —continuó el Presidente—. Entre tanto, quiero pedirte un favor, que me dejes mirar un ratito por el cuchipando.

Cómo Timo no iba a dejar que el Presidente mirara, claro que sí.

Salieron al balcón y el Presidente se llevó a los ojos el embudo. Los ciudadanos que paseaban por la gran avenida, en cuanto se dieron cuenta de que su presidente los miraba con el cuchipando comenzaron a aplaudir, a lanzar vivas y a sonreír con cara de buenas personas.

El Presidente quedó encantado de tanto apasionamiento popular. Sin embargo, no se atrevió a confesar que no había visto el carácter ni las intenciones de los ciudadanos, sólo la alegría que en ellos había despertado.

A pesar de ello, a las pocas horas, la mitad de la policía del país buscaba desesperadamente el Tocamerroque. Se preguntó en auditorios, discotecas y tiendas de discos, incluso a todos los conjuntos musicales de moda, que se brindaron a tocar un rock marchoso, pero nadie sabía qué era el Tocamerroque. Ni siquiera se logró averiguar si era un pequeño país, una asociación, un equipo de fútbol o un partido político.

Desesperado, el Presidente volvió a llamar a Timo.

—Dime, al menos, quién te dio el cuchipando.

—Don Nicanor.

—¿Quién es don Nicanor? —preguntó el Presidente.

—El que por las ferias tocaba el tambor —respondió el niño.

El Presidente volvió a rogarle que lo dejara mirar por el cuchipando. El Alcalde le había dicho que había visto el carácter de la gente, así que él quería intentarlo de nuevo.

Y cuando se asomó el balcón y miró por el embudo, la gente volvió a sonreír, a aplaudirle y a gritar vivas.

Cuando el Presidente reunió a los ministros en Consejo, les dijo:

—He visto el carácter del pueblo.

Entonces, pensó: “No está bien mentir, pero lo cierto es que aunque no haya visto nada, un presidente no puede ver menos que un alcalde. De todos modos, está claro que la gente se vuelve más simpática cuando se le mira con el cuchipando”.

Que el Presidente hubiera visto el carácter del pueblo, dejaba fuera de toda duda la importante utilidad del aparato.

De nuevo la policía se puso en marcha y buscó por todo el país a don Nicanor. No hubo feria, asilo ni chatarrería que no fuera visitada, pero la búsqueda resultó infructuosa. A don Nicanor parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

En vista del fracaso en la búsqueda de don Nicanor, y convencido de las excelencias del cuchipando, el Presidente llamó a Timo al palacio presidencial y le dijo:

—Puesto que no existe manera alguna de conseguir nuevos cuchipandos, he decidido nombrarte Cuchipandólogo Nacional. Desde hoy te ocuparás de analizar y vigilar el carácter de los ciudadanos.

Desde ese día, Timo se puso a trabajar muy seriamente en su puesto de Cuchipandólogo. Iba de acá para allá, entusiasmado, mirando a la gente por su cuchipando. Pero pronto empezaron a solicitar sus servicios desde todos los rincones de la ciudad.

—Oye, Timo, necesito que eches un vistazo al personal de mi fábrica. Hay algunos que no cumplen con su obligación y me están estropeando la producción. Necesito saber quiénes son.

—Quiero contratar un nuevo director para la oficina y es necesario que me digas qué candidato posee el carácter más adecuado para el puesto.

—Tengo un montón de pretendientes y necesito que les eches un vistazo para ver cuál es el que más me conviene como marido.

Incluso el propio Presidente del Gobierno lo llamó porque iba a nombrar nuevos ministros y necesitaba que lo orientara.

Timo poco podía hacer en esos casos, pues, como siempre, cada persona que se sabía observada, sacaba su mejor sonrisa y se comportaba ejemplarmente.

Sin embargo, este comportamiento no era así en cuanto la gente no se sabía observada. Nada más Timo se daba la vuelta, cada cual volvía a poner su gesto avinagrado y a adoptar su habitual aire de intolerancia e irritabilidad. Pero, claro está, el niño no podía estar en todas partes a la vez. Y eso hacía que se sintiera triste y fracasado.

Por ello, días después, mientras miraba por el cuchipando a la gente, pensó que volvería a enterrarlo dentro de un cofre, como estaba antes de que se lo entregara don Nicanor. Además, resultaba muy aburrido ver siempre las mismas caras sonrientes, las mismas sonrisas falsas que desaparecían en cuanto él no miraba.

Se hallaba distraído con estos pensamientos, cuando giró la boca del embudo y enfocó un rostro que, al principio y con su distracción, no reconoció. Pero la cascada de pelo en el rostro y la bufanda roja, en seguida le hicieron gritar:

—¡Don Nicanor!

El anciano no tardó en conocer por boca de Timo todos sus éxitos con el cuchipando y la preocupación en que se hallaba sumido.

—Tienes que ayudarme —suplicó el niño.

—Aunque sólo estaré un día en la ciudad —dijo el anciano—, dejaré resuelto tu problema. La solución es muy sencilla, bastará con repartir cuchipandos a la gente. Así habrá mayor vigilancia.

Timo no quedó muy convencido.

—Si sólo vas a estar un día, ¿cómo podrás fabricar tantos cuchipandos?

El anciano sonrió.

—Más sencillo aún, tengo un carro lleno de ellos.

—¿Y cuándo los has fabricado?

—No los he fabricado, los he comprado en ferreterías y bazares.

El niño se quedó asombrado de ver tanto embudo junto. Los había de todos los tamaños y colores. Sin embargo, en todos aparecía grabado un sello.

—Es el escudo del Tocamerroque. No olvides que soy mariscal de sus ejércitos. Y tú, comendador.

Antes de reemprender viaje, don Nicanor pasó a Timo un brazo por el hombro y le dijo:

—Hoy también voy a hacerte un regalo.

Abrió el cesto de mimbre que llevaba y sacó una bonita gallina blanca.

—Esta es una gallina mensajera, emisaria de los Grandes Ejércitos del Tocamerroque. Cada vez que necesites cuchipandos no tienes más que soltarla. Ella me avisará y te enviaré un cargamento.

—¿Y si alguien la captura en el camino y se la come? —preguntó Timo, que no podía imaginarse una gallina mensajera.

—Una gallina del Tocamerroque no hay quien la capture, y menos aún quien se la coma.

El niño observó al animal con interés y pudo comprender, entonces, las palabras del anciano: la gallina estaba construida con botes de conserva y sabe Dios con qué mecanismos de desguace.

Don Nicanor partió lentamente en su carro repleto de cachivaches y chatarra como el gran mago del país de los objetos inservibles. Detrás lo seguían los tres músicos de

la Banda del Tocamerroque, que hacían sonar divinamente sus pucheros y cacerolas como si fueran los más perfectos y afinados instrumentos musicales.

En la ciudad en que sucedió esta historia, ya no quedaba ningún viejo caserón. Todos habían sido devorados por las hambrientas y descomunales máquinas excavadoras. Los habían reemplazado elevadas torres, en las que vivían centenares de personas.

Sin embargo, la gente era la más agradable del país. Todos los vecinos se sonreían, la intolerancia había desaparecido y la amabilidad se había convertido en norma. Tampoco existía la irritabilidad. Los policías, en vez de pistola, llevaban colgado al cinto un reluciente embudo con el sello del Tocamerroque. Y muchos de los ciudadanos se dedicaban a observar a sus vecinos por la boca acampanada de su cuchipando.

La verdad es que nadie había conseguido ver más allá de lo que veía por un simple embudo de cocina, pero mirar por el cuchipando impresionaba.

Los vecinos, a fuerza de sentirse observados y por el miedo a que los demás descubrieran el lado agrio de su carácter, pronto se habituaron a mostrar su lado bueno, el carácter más afable, respetuoso y tolerante. Como habían oído decir que vivían en la era de la imagen, procuraban dar la mejor. Si alguien iba a enfadarse, no lo hacía por temor a que los demás estuvieran observándolo por el cuchipando.

Y así continuaron hasta que este comportamiento se hizo costumbre y la ciudad se convirtió en la más grata y simpática del mundo.

Desde entonces ya no es posible encontrar un embudo más que en las ferreterías, los bazares o entre los numerosos cacharros de la cocina. Los cuchipandos son ya innecesarios, sólo historia.